

EL RÍO EXPLORACIONES Y DESCUBRIMIENTOS EN LA SELVA AMAZÓNICA

Autor: Wade Davis

Editorial: Banco de la República / El Áncora Editores. Bogotá, 2001. Págs. 639.

Erika Juliana Estrada Villa
Lic. En Biología y Química
macleania@colombia.com
Manizales, 2006-03-23 (Rev. 2006-05-19)

Desde el siglo XIX los naturalistas han tenido como objeto de estudio la exploración de nuestros ecosistemas, se han deleitado con nuestra rica diversidad biológica, cautivándoles el pensamiento con sus utilidades y dones, despertando conocimientos en grandes hombres que más tarde, por la consagración al estudio de nuestros densos bosques, se convertirían en referentes de los estudiosos de la historia natural.

Desde que los españoles pisaron el suelo americano, el río que surca la ciénaga más grande del mundo y que encausa las aguas de mil afluentes ha impresionado a los hombres. Don Francisco de Orellana fue quien, en busca de El Dorado, lo bautizó con el nombre de "Amazonas", porque al arribar fue recibido por un grupo de mujeres indígenas que pusieron en peligro su vida, y él las asoció con las guerreras Amazonas que secuestraron a Ulises en la mitología griega.

Este ecosistema de relevancia mundial, conocido como "el pulmón del mundo", ha sido admirado y estudiado por propios y extraños, causando particular interés en investigadores extranjeros, como el caso que data el libro, acerca de la vida del reconocido etnógrafo y etnobotánico de Harvard Richard Evans Schultes, quien, motivado por un íntimo deseo personal y gracias a su actividad física y mental, se aventura a vivir por doce años una intensa labor de investigación. Comienza la expedición con su tesis de doctorado, que lo llevó a la búsqueda del peyote de los Kiowas, del teonanacatl de los Aztecas en México, hasta la Amazonía Colombiana. Allí, mientras rastreaba el curare, se embarcó en una de las más importantes investigaciones botánicas del siglo XX. Schultes, según lo cita Davis: "es un hombre especialmente complejo, no era un hombre que hubiera caracterizado una época, era un individuo que había escapado de las restricciones de su propio tiempo para vivir de lleno la maravilla de una tierra exótica".

Sus propias hazañas son legendarias. En 1936 en México, descubre nuevas variedades de peyote y en los Andes sureños busca mutaciones del árbol del águila mala. Identifica el ololiuquí, alucinógeno Azteca, perdido siglos antes, y recoge los primeros especímenes de teonanacatl, la carne de los dioses, el hongo sagrado mexicano. Todas las especies vegetales de importancia indígena le despertaron tanto interés que las estudió con ahínco y años más tarde le permite publicar, en compañía de Hoffman, su celebre obra "Plantas de los Dioses".

Schultes, gracias al apoyo moral y económico de su profesor Ames Oakes, fundador del Museo Botánico de Harvard, quien describió 1.000 especies de orquídeas, le puede dar vía a su libre inclinación al trabajo etnobotánico y a su afición a lo desconocido. Tras obtener una licencia en la Universidad de Harvard, se internó en la Amazonía noroccidental colombiana, visitó sitios donde nadie había estado, convivió con docenas de tribus, y colectó en su expedición 20.100 especies vegetales, 300 de ellas "nuevas para la ciencia", lo cual se refleja en su robusta producción científica, al escribir 10 libros y 496 artículos científicos, que le mereció el título de autoridad mundial en plantas alucinógenas y medicinales del Amazonas. Sus proyectos estuvieron financiados por el gobierno de Estados Unidos; en Colombia contó con la ayuda de destacados botánicos, con la desinteresada compañía y guía de indígenas, en especial los del Valle del Sibundoy, con el apoyo del gobierno y la aviación militar.

Su trabajo, visto por los demás, parecía incoherente y caprichoso, en especial por el gobierno de Estados Unidos, que años después echaría por la borda sus investigaciones en relación al caucho. En este aspecto, el trabajo de Shultes consistió en el conocimiento de las propiedades del látex, de sus cualidades económicas dependiendo de las especies, los requisitos fenológicos para la germinación, desarrollo y fructificación de las especies productivas del caucho, y para su explotación la fundación de dos pequeñas provincias con pistas aeroportuarias en las orillas del río Apoporis. El proyecto del caucho tenía como objeto buscar poblaciones maduras de Heveas en la Amazonía Colombiana, con el propósito de cubrir la demanda de caucho natural durante la segunda guerra mundial, pues se encontraban bloqueadas las exportaciones de los países de oriente.

Su vida como explorador botánico, la selva que lo acogió, y su extraordinario conocimiento taxonómico de las especies vegetales, son tema del libro. Se centra en los enormes cambios que tuvieron lugar en la Amazonía, en

gentes y lugares que hicieron parte de su experiencia y contribuyeron a su formación etnobotánica. Para Schultes, todo lo concerniente a las plantas relacionadas con los indígenas era materia predilecta de observación, de trabajo taxonómico, fitoquímico y etnográfico; se preguntaba y quería conocer la estrecha relación que tienen las plantas con el bienestar y organización de las comunidades.

Los pueblos indígenas enmarcan su sabiduría en la tradición del conocimiento de la vegetación que los rodea, tradición que encaminó a Richard Evans Schultes a poblaciones de indígenas como los Kamsáe, Cofanes, Aucas, Huitotos, Uwa, Waoranis, Ticunas, entre otros. En su tarea de conocer los secretos del conocimiento ancestral, llegó a sobrepasar su fuerza física, enfermado de malaria y teniendo que suspender la expedición al quedar inmóvil por la falta de vitaminas.

Insólitamente y para su fortuna, Schultes siempre fue bien recibido en las tribus, gracias a su dominio botánico y por entender la acción química de las sustancias psicoactivas de las plantas sagradas para los indígenas. Le caía en gracia a los chamanes, guías espirituales de los rituales, que sobresalen por el conocimiento en la utilidad de las plantas y que en muchos casos por unos dólares, botellas de aguardiente, víveres, por nada, o sólo por manifestarle la simpatía y la cordialidad al gringo, le compartían su valiosa información.

El Río, aparte de comentar las investigaciones relacionadas con los conocimientos botánicos de los indígenas, es una obra digna de toda clase de esfuerzos, por el provecho que representa para la ciencia y la humanidad. Reporta hechos históricos y políticos, desde el saqueo iniciado por los conquistadores españoles, hasta el abandono a que los tiene sometido el Estado colombiano. El autor devela la violencia y hostilidad con que se ha venido diezmado El Amazonas, lo narra con libertad moral, política y social, y comenta la cruel civilización de los pueblos indígenas sobrevivientes. Es un compendio con una observación perspicaz, una crónica que nos acerca a la realidad de tan abandonadas e importantes zonas del país.

Con relatos sórdidos, nos acerca a los primeros años de conquista, donde los españoles que llegaron no eran colonos, sino timadores, sin educación, sin moral, sin intenciones de establecer su sangre y sus vidas en estas tierras; sólo con la intención y el coraje de llevar la muerte y exterminio a las comunidades indígenas, extendiendo la desolación y el horror a su paso, con el propósito de acumular riquezas para derrochar en su natal e hidalga España.

Seguida la conquista del cuerpo vino la del espíritu, que no fue menos cruel. En cabeza de los Jesuitas que vinieron con la "noble" labor de sembrar en el corazón de los salvajes el cristianismo. A diferencia de los laicos, los jesuitas, que contaban con una formación moral e intelectual, fueron peor de avasalladores; omitieron todo lo que conocieron y dejaron poco registro histórico acerca de los genuinos conocimientos de la rica cultura indígena. De no haber sido por el Rey Carlos III que, al ver como la iglesia amenazaba sus arcas, los expulsó de la Nueva Granada y evitó que se perpetuara el engaño.

Una vez conquistada y esclavizada la raza, se vino el desangre de la selva con la explotación desmedida del caucho, en cabeza de varias multinacionales británicas en Manaos (Brasil), ciudad que Schultes se negó a pisar por haber sido construida en la bonanza del caucho, con el alto costo de la sangre de miles de indígenas. En Colombia la conquista la realizó un colono del interior del país, quien en busca de dinero fácil realizó las peores masacres con tal de sembrar terror, sometiendo nuevamente a la miseria y exterminio a las comunidades indígenas. El poder de la Casa Arana desplazó a las demás gentes del negocio y, por unas décadas, tuvo todo el dominio del caucho en el Amazonas.

Considero oportuno dejar que en palabras de Davis puedan seguir disfrutando de esta onírica historia que los llevará de viaje por el soñado pero desconocido mundo de las plantas enteogénicas:

A. "...Tomó un botón de peyote. Cerró los ojos y sintió cálidas, rebosantes sensaciones, y un sonido que parecía unir su cuerpo a la tierra. Sintió en la carne el tacto de la tierra, el suelo seco del desierto corriendo entre sus dedos, las estrellas al mediodía, el aroma de los cactus y de la salvia, el tacto de las hojas secas. Cuando abrió los ojos una vez más, los hombres se estaban fundiendo unos con otros, y cada movimiento arrojaba relámpagos de color en globos brillantes: diamantes que se convertían en túneles, ventanas que se tornaban olas, océanos que caían en lluvia. Alzó una mano hasta los ojos y quedó asombrado de ver un río de luz entre sus dedos. Todo quedó reducido a sensaciones. El corazón. El pelo como paja. La quijada en movimiento al masticar más peyote. Los hombres en torno a él comían seguido. Observó sus caras, y el gusto cambio. Ya no era amargo y agrio. Si el desierto tenía un sabor, éste lo era."

B. "...La visión del conocimiento indígena de las plantas medicinales desarrollado necesariamente con lentitud a lo largo de siglos, de ninguna manera denigraba de las prácticas curativas indígenas. Revelaba, al contrario, el hecho de que los curanderos nativos, incluidos los aucas, son pragmáticos científicos activos cuyo trabajo refleja las necesidades sociales y cuyo laboratorio resulta ser la selva."

C. "...La coca cultivada por los Ikas era, tal como esperaba, la especie colombiana que en 1985 bautizó el botánico alemán Hieronymus con el nombre de *Erythroxylum novogranatense* en honor al viejo nombre colonial del país, Nueva Granada. Esta era la coca que en el siglo XIII utilizaban los orfebres muiscas y quimbayas; el estimulante del pueblo desconocido que talló las monolíticas estatuas del jaguar y las grandes tumbas de San Agustín en el sur de Colombia, mil quinientos años antes de Colón; la planta que Américo Vespucio encontró en la península de Paria, en Venezuela, en 1499, al consignar la primera descripción europea de la costumbre de mascar coca."

D. "Las elegantes descripciones que hizo Tim de la coca como un estimulante benigno fundamental para la cultura y la religión amerindias, y su descubrimiento de que sus hojas juegan un papel esencial en la dieta de los campesinos andinos, no pudieron detener a quienes estaban empeñados en la erradicación de la planta por medio de venenos que contaminan los numerosos ríos que van a dar al Amazonas."

E. "La ayahuasca, conocida también como yagé o caapi, es el bejuco de las visiones, el bejuco del alma, la planta alucinógena más curiosa y celebrada del Amazonas. La droga se prepara machacando primero la liana y preparando una bebida con otras hierbas. Para los indios es un intoxicante mágico que puede liberar el alma, permitiendo que tenga encuentros místicos con antepasados y espíritus animales. Algunos de sus consumidores sostienen que ocurren visiones colectivas y que bajo su influencia es posible comunicarse a grandes distancias en la selva. Cuando su ingrediente activo, la harmalina, fue aislado por primera vez, algunos científicos colombianos la llamaron telepatina."

Davis dedica este libro a su amigo Timothy Plowman, quien había sido también estudiante de Schultes en Harvard. Tim, quien no terminó su obra a pesar de tener suficientes argumentos relacionados con la planta sagrada de los pueblos indígenas que habitan los Andes, no le fue permitido defenderla ante el gobierno de Estados Unidos, que como hoy, pretendía acabar la cocaína, envenenando los ríos y destruyendo los bosques con el glifosato.

El Río es la vida de dos hombres notables: Richard Evans Schultes y Timothy Plowman, quienes como dos brazos de agua, maestro y estudiante, se fundieron en un río encausando el linaje del conocimiento. Como etnógrafos comprendían y en su obra se identifica la filosofía Kogi: "El tejido de la vida creado en el principio de los tiempos es un frágil equilibrio que depende por completo, como el de todo el universo, de la integridad moral, espiritual y ecológica de los hermanos mayores. El fin de la vida es el conocimiento. Todo lo demás es secundario. Sin el conocimiento no se pueden comprender ni el bien ni el mal, ni apreciar las obligaciones sagradas de los seres humanos con la tierra, la Mama Grande. Mediante el conocimiento vienen la sabiduría y la tolerancia. Sin embargo, la sabiduría es una meta esquiva y su búsqueda implica una enorme carga."

A pesar de las investigaciones de viajeros extranjeros y nativos en Latinoamérica, resulta difícil abarcar el vasto conocimiento de la Botánica Neotropical. Hoy el misterio de las plantas enteógenas, que han acompañado al hombre desde siempre, sigue cautivando la atención de estudiosos y neófitos, que con cierta tensión, observan la rapidez con que se están destruyendo las selvas y por ende el conocimiento de los indígenas.

Close Window